



Este libro es un 'torii', afirma su autor, refiriéndose a esas estructuras en forma de arcos que se colocan a la entrada de los santuarios sintoístas japoneses. Y no le falta razón, pues se trata de una obra que arranca con Arthur Rimbaud –¿quién no ha soñado alguna vez con emular a Rimbaud?– y termina con Empédocles y Ludwig Wittgenstein; sin embargo, para llegar de un extremo a otro no va a hablarnos de filosofía grecolatina, de postmodernismo ni de poetas malditos, sino de un pensador más que exótico para lectores occidentales: el japonés Hiroshi Kindaichi.

'La luz que cae' (Ed. Galaxia Gutenberg, 2021), pese a su apariencia de ensayo, es en realidad un relato. La narración del descubrimiento de un pensador y la fascinación posterior; una historia más que personal, personalísima, en la que García Ortega lleva al lector casi de la mano, como quien pretende compartir su propia dicha con otros.

Todo arranca en un tren, en el tren bala de Osaka a Tokio. Entre el paisaje humano, de pronto algo mucho más poderoso llamó la atención del escritor: el monte Fuji. De pronto, era mucho más que un accidente geográfico. Era una 'iluminación' que le hizo despegarse del libro de Rimbaud que estaba leyendo, y que, extrañamente, parecía estar hablando del propio monte.

«Decir Japón, para mí, es decir 'allá lejos', como escribe Roland Barthes en 'El imperio de los signos', admite el escritor en una primera toma de contacto (capítulo dos), que sirve para crear una conexión empática casi instantánea con el lector. O, al menos, con lectores sin apenas conocimiento del lejano oriente. Pero García Ortega fue el traductor de ese libro de Barthes sobre Japón, lo que le llevó a concebir el país como «una infinita suma de fragmentos». Cuando oyó por primera vez hablar de Kindaichi, también fue en un contexto de traducción: «El sinto 'traduce' lo existente, lo hace vivir otra vida en otro plano».

La presentación que realiza García Ortega de Kindaichi no podría ser más descarnada: «era un sectario y un hereje del siglo XVIII». Más adelante añadirá que «fue un pensador, un rebelde y un ser de luz. Un iluminador con el que empecé a sentirme identificado nada más saber de él». Mutatis mutandis, aventura que incluso «podría ser el Rimbaud del sintoísmo, pero con cien años de adelanto». Pero la verdadera entrada del escritor en la cultura japonesa llegará tras asistir a un congreso de traductores en el Instituto Cervantes de Tokio, y especialmente tras conocer y trabajar amistad con la hispanista Sayoko Okamachi –amiga personal, además, de Kenzaburo Oé–, que se convertiría en su mejor cicerone. Además de brindarle una clave interpretativa para toda



El escritor Adolfo García Ortega se sumerge en su nuevo libro en la cultura nipona. JAVIER ETXEZARRETA

Una bifurcación del pensamiento

Cultura nipona. Adolfo García Ortega recrea la figura del sintoísta japonés del siglo XVIII Hiroshi Kindaichi, en un insólito híbrido que oscila entre el ensayo y la novela

JAVIER MENÉNDEZ LLAMAZRES



la obra del novelista nipón: «Para hacer el camino hacia adelante, primero había que hacerlo hacia atrás». La cita era, cómo no, de Kindaichi, y le abrió el camino hacia la comprensión de la idea de regreso, tal como la conciben los sintoístas, y sobre todo hacia el 'Tratado de sintoísmo herético' del pensador. Unas teorías que siguen, tres siglos más tar-

de, «plenamente vigentes», dando lugar a una forma particular de la propia religión, así llamada: sintoísmo herético.

En un recorrido que se volverá apasionante, García Ortega recrea la formación y la biografía de Kindaichi. Apasionante, porque el seguidista se descubrirá que el japonés hacía las cosas «a su manera». Durante una década

–de 1790 a 1800– vivió en Europa y fue «un hombre exultante, admirativo, con don para el asombro y para sentir y sentirse hiperestésico e hipertrófico». Más caracterizaciones: «era positivo y armónico, pero también aceptaba la asimetría que causa la contradicción». Y un apunte agnóstico: «se interesó por todas las ideas que le llegaban, y casi



LA LUZ QUE CAE
ADOLFO GARCÍA ORTEGA
Editorial: Galaxia Gutenberg.
Páginas: 240. Precio: 19,95 euros.

todas cabían en su pensamiento, salvo la única idea que siempre tuvo por absurda: la idea de un dios».

Para el autor, el pensamiento de Kindaichi explicará, además, el intrincado mundo de la espiritualidad nipona, y la imbricación en ese país entre pensamiento religioso y mentalidad nacional.

En pequeñas dosis

La estructura elegida por García Ortega es claramente fragmentaria: nada menos que ciento sesenta y nueve capítulos, que necesariamente han de ser brevísimos; algunos, de hecho, son sólo un párrafo. Así, se diría que el autor nos ofrece una suerte de 'unidosis', de pensamientos encapsulados, en los que generalmente parte de una referencia más o menos personal –una conversación telefónica, la visita de Kenzaburo Oé a España, una búsqueda en Google...– para pasar de inmediato al pensamiento de Kindaichi, su contextualización histórica y, a menudo, su correlato con el mundo contemporáneo.

García Ortega penetra con singular sensibilidad en el pensamiento de Kindaichi, ofreciendo una explicación clara y accesible de los distintos conceptos que maneja, desde la idea de luz hasta la complejidad de explicar una religión sin dioses, algo difícil de comprender desde una experiencia occidental.

No falta el dato anecdótico y, sin embargo, cautivador: «durante los años en que Hiroshi Kindaichi fue bombero, hubo en Kioto cuatrocientos treinta y nueve incendios, en los que perecieron, aparte de un elevado número de persona, dieciocho zorros». O la descripción física que dejó de él su protector en Holanda, Jochem Akkersdijk: «era esbelto pero no alto, ligeramente cargado de hombros, bien proporcionado, de paso vivaz que disimulaba una pequeña cojera, bien parecido pero no guapo, con un rostro juvenil que le situaba en una edad indefinible (...). Quienes lo conocimos podríamos decir que Kindaichi vivía una vida ya usada cuyo tiempo había conocido de antemano».

Se trata, en definitiva, de un rendido homenaje de un escritor contemporáneo a un pensador en el que encontró «un vértigo de los sentidos» y «una luz que cae sobre las cosas».